

MIGUEL GARCÍA-VIÑÓ:

La Editorial Guadarrama, en su colección Punto Omega, que dirige Vintila Horia, acaba de publicar un ensayo de Miguel García-Viñó que se titula *Novela española actual*. Un libro no muy voluminoso, 221 páginas de caja más bien reducida, pero que uno, en su modesta apreciación personal, no duda de calificar como lo más lúcido, lo más realista, lo más sincero, lo mejor, en una palabra, que se ha escrito en España recientemente sobre la actual novela española.

Muchas veces hemos hablado del raquitismo novelístico español. Hecho que sorprende a muchos. Afirmación derrotista, pesimista, destructiva, en la opinión de algunos. Porque hoy en España las editoriales hacen negocios redondos con la novela. Hay premios para saciar a cualquiera: miles de premios literarios que han creado, estrictamente hablando, el estado inflacionario de la actual literatura española. Porque han producido un espejismo de prosperidad y auge que en modo alguno corresponde a la realidad.

La novelística española actual es muy discreta, en ocasiones bonita, bien hecha, hay muchísimas mediocridades, pero muy pocas alturas. Muy pocos creadores de fuerza y aliento que resistan la comparación con la gran novelística sudamericana, con la novela inglesa, la francesa, la norteamericana, la italiana o la alemana. ¿Pues qué le pasa a la novelística española? ¿Por qué, a pesar de esa enorme afluencia de publicaciones, nos empeñamos en seguir hablando del raquitismo novelístico español? No por capricho. García-Viñó, con admirable perspicacia, pone el dedo en la llaga. García-Viñó, buen conocedor del material que maneja, arroja luz sobre esta realidad literaria nuestra, tan estrecha, tan provinciana, tan de reducidas miras, en contra de cuanto la crítica —sinónimo muchas veces de propaganda— quisiera hacernos creer. Frente a la verdad oficial en uso, la verdad verdadera de este novelista que en la obra que comentamos se convierte en excelente crítico. En crítico, dándole al término su mejor, más noble y etimológico sentido.

Por eso al propio García-Viñó le son perfectamente aplicables las clarividentes palabras que él mismo aplica a José Luis Castillo Pucho: "Repetimos que nos encontramos ante un autor positivo, constructivo, a pesar de todas las apariencias. Cuando destruye, destruye convencionalismos, supersticiones, mitos, falsos valores, rutina. Entre las ideologías —afecten al plano que afecten de los mencionados— tantas veces nutridas sólo de estos aspectos negativos; entre las ideologías, decimos, que son algo distinto a las ideas, y el hombre, el novelista adopta siempre la causa de la humanidad; y ello desde el frente personalísimo de la propia verdad mantenida a cualquier precio, lo que constituye el puro, verdadero y único compromiso."

De esta manera este ensayo de García-Viñó se convierte en uno de los más importantes documentos críticos que sobre la actual novela española se han publicado en España de unos años a esta parte. Para García-Viñó la actual novela española adolece de provincianismo, de estrechez, de raquitismo ideológico. Adolece de lo que Pío Baroja, en *Las inquietudes de Shanti Andía*, les echaba en cara a las creaciones de Fernán Caballero: "Leí las novelas de Fernán Caballero, que tenían mucha fama; no me gustaron nada, pero me convencí de que debían gustar. Las he vuelto a leer después y me han parecido una cosa bonita, pero mezquina. Me dan la impresión de un cuarto bien

adornado, pero tan estrecho que dentro de él no se pueden estirar las piernas sin tropezar en algo."

La novela española actual no tiene universalismo, amplitud. La actual novela española es intrascendente —en el más riguroso sentido filosófico del término—. Se queda en la física sin dar nunca el salto a la metafísica. De la anécdota no llega a la categoría universalizante. Por eso todo este género novelístico queda condenado a la esterilidad, a la caducidad y al embotamiento. Bernanos, Graham Greene, Julien Green, tantos y tantos novelistas apasionantes en los que la peripecia interesa como pueda interesar y captar un gran relato policíaco. Pero tras esa anécdota formidablemente entrevista y plasmada se esconde siempre el ansia trascendental de sus creadores. Para García-Viñó, siguiendo a Juan Luis Alborg, el novelista Miguel Delibes, el más típico y característico de esta clase de creador, podría edfinirse precisamente por su "falta de ambición de trascender".

¿Cuál es, entonces, el pecado original, la raíz oculta de este intrascendentalismo? Según García-Viñó, "la ausencia de una actitud intelectual seria frente a los temas y problemas del mundo contemporáneo". Es decir, mucho más crudamente, la falta de formación, de cultura y de auténtica categoría intelectual. Para ser novelista hay antes que ser filósofo. Hay que tener una jerarquización de valores, una propia filosofía de la vida, una toma de conciencia coherente, una forma de enfrentarse al mundo enteramente peculiar; y al hombre, dentro de ese mundo, con su cúmulo de problemas y conflictos. Sólo así se alcanza la categoría trascendiendo de la anécdota. Sólo así se llega a esquivar el peligro de la peripecia, de la limitante atención a lo efímero puro, simple y escueto.

En este contexto precisamente, la opinión de García-Viñó concuerda en lo esencial con la de Albert Camus, gran filósofo, gran novelista: "El problema es adquirir ese saber vivir (haber vivido, más bien) que supera el saber escribir. Y a fin de cuentas, el gran artista es antes que nada un gran viviente (entendiéndo-

Categoría y anécdota

Juan José Coy

dose que vivir, aquí, es también pensar en la vida; es además esa relación sutil entre la experiencia y la conciencia que se tiene de ella)." Vivir, todos vivimos. Pensar sobre lo que vivimos, por qué lo vivimos y cómo lo vivimos, categorizar sobre lo que se vive, es la labor del filósofo —en el más amplio sentido de la palabra—. Una auténtica formación intelectual, universitaria o extrauniversitaria, no puede concebirse sin esa meta: la llegada a una propia, personalísima e intransferible filosofía de la vida. Vivir reflejamente, conscientemente. Esto es lo que, según García-Viñó, falta a la mayoría de nuestros novelistas. "Aunque esté lejos de nuestro ánimo rechazar la novela intuitiva, no por ello nos resulta menos incomprensible la actitud de ciertos escritores de presumir de iletrados. Y es el caso que en España abundan los que tal hacen, como se puede ver, por ejemplo, por las declaraciones de muchos premiados."

Por eso García-Viñó trae a colación el testimonio de uno de los mejores críticos universitarios que existen hoy en España, la opinión del profesor Baquero Goyanes: "El que la novela desde que un Proust, un Henry James, un Joyce, pusieran las manos en ella haya adquirido rigor, altura intelectual, creo que ha traído como consecuencia la desaparición o desgaste de aquellos viejos prejuicios por los cuales equivalía a perder el tiempo el consumir unas horas en la lectura de ficciones sin fuste ni trascendencia." Pero la novela española no alcanza la trascendencia, precisamente por su falta de rigor, de altura intelectual. "La falta de actitud intelectual en nuestros novelistas —dice García-Viñó— viene impuesta, sin duda, por su concepto de la novela. Para ellos el único concepto valedero es el de la novela intuitiva, propia no de intelectuales, sino, como dice Baquero Goanes, de 'hombres más sencillos, más vitales, más abiertos a lo popular y aun a lo masivo.'" Por eso estas novelas tienen que gustar. Por eso estas novelas son populares. Por eso estas novelas empuñan a sus lectores, les dan la impresión de estar encerrados en bonitos cuartos en los que no

cabe ese estirón de piernas a lo trascendente que echaba de menos Baroja en las creaciones de Fernán Caballero.

La selección de escritores en esta obra de García-Viñó es ya lo de menos. No tiene importancia: es cuestión puramente anecdótica. La categoría que este ensayo nos ofrece delimita por sí misma, deslinda. Están de un lado muchos novelistas. Quedan del otro los menos. La crítica tampoco ha entendido la intención subyacente de García-Viñó cuando le ha echado en cara a nuestro personaje el que ni mencione a Cela, o a Gironella, o a Elena Quiroga, o a Ignacio Agustí, o a esos infinitos nombres y obras que hoy son y mañana desaparecen, a los novelistas flotantes para quienes no parece existir más preocupación que la de la carrera de los premios. Y la consiguiente popularidad, ante editores y público, que con la fama traen por añadidura la fortuna. García-Viñó tampoco pretende abarcar toda la novela española actual, en el sentido de tener que hablar de todos los escritores. García-Viñó trasciende de lo estrictamente concreto y personal. Y su análisis magnífico, sincero, constructivo —porque nada hay más constructivo que la sinceridad— va dirigido a un mal general, a una situación enteramente universal. Los escritores que se han creado su propio orbe filosófico personal quedan de un lado. De otro, los que de la anécdota no trascienden a la categoría. Aplicar estos criterios generales sería ya cosa relativamente sencilla.

Cultura es lo primero que el gran escritor necesita. Formación, estudio, trabajo callado y tenaz, lectura, espíritu crítico. Y ahora, una consecuencia a la que no llega explícitamente García-Viñó. ¿Quién tiene gran parte de la culpa de que en España nuestros escritores, nuestros críticos y nuestro público sean tan débiles desde el punto de vista de la profunda y auténtica formación intelectual? La respuesta es simple: la Universidad. La Universidad no cumple con su misión. No los profesores y catedráticos, cuya competencia profesional nadie pone en duda. Sino el sistema. Cuando un alumno termina, tras cinco años de estudios, una especialidad en cualquier rama de Letras, se encuentra sabiendo de memoria un poco de muchas cosas sin haber asimilado personalmente casi nada de ninguna. Es absurda esta situación. Como es absurda la situación vergonzante, desde el punto de vista económico, de la Universidad española. La consecuencia es obvia: la cultura se estanca. Los novelistas son mediocres, como son mediocres los críticos y los lectores. Como hay premios infinitos y muchos libros salen al mercado, se piensa con optimista inconsciencia e irresponsabilidad que estamos en una nueva edad de oro. Pero lo que hemos alcanzado en verdad no ha sido sino una engañosa, falsamente opulenta inflación. No nos engañemos, no nos dejemos alucinar por apariencias falsas. Esas son consecuencias normales de la cicatería vergonzosa que en este país se tiene con la cultura; y la cultura, naturalmente, se toma su justa revancha. Mientras tanto, dinero a espuestas para otras muchas cosas inútiles, perfectamente inútiles. Y al buen entendedor, pocas palabras, por si las moscas.

García-Viñó le ha prestado al mundo literario español un servicio inapreciable. Si fuéramos sinceros deberíamos estarle profundamente agradecidos. Porque García-Viñó es hombre esencialmente positivo, constructivo. Aunque ciertas apariencias superficiales nos hicieran pensar en lo contrario.